

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS ESPAÑOLAS

JOYERÍA

DEL renacimiento de las energías españolas que desde hace algunos años viene operándose, de la resurrección ó renovación, mejor dicho, de la laboriosidad de nuestra raza no había de eximirse una rama importantísima del progreso, doblemente digna de estudio, por cuanto se relaciona con las ventajas materiales y con el desarrollo de la belleza, sin el culto á la cual no pasarían las sociedades de su forma más primitiva; nos referimos á las industrias artísticas.

Precisamente, es España uno de los países que cuentan con tradiciones más gloriosas en la materia; todos los que posean una mediana cultura conocen el maravilloso florecimiento del arte industrial árabe y mudéjar que á tan alto grado de perfección llegó en orfebrería, sedería y, principalmente, en cerámica; y el menos estimado, aunque no menos grande, alcanzado por el arte cristiano en los mismos siglos; el cual nos legó, conservados en los tesoros de las catedrales, preciosos ejemplares de orfebrería religiosa, obras de hierro y tallas en madera ó marfil que dieron póstuma reputación universal á los artífices é imagineros medicinales.

Contando con tan excelso pasado y con el creciente esfuerzo de las clases industriales relacionadas con el arte, que son casi todas, pues en la actualidad no hay industria aislada de la estética decorativa: ¿qué cumple hacer para no malgastar esa fuente de aspiraciones é iniciativas? Vencer en primer término la apatía propia de nuestro carácter y la exce-

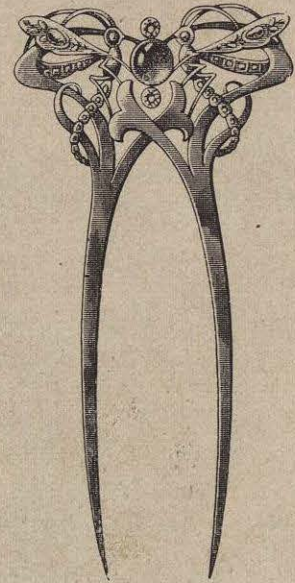
siva modestia que sin motivo nos coloca, en muchos casos, bajo la servidumbre extranjera; evadirnos de las tendencias exóticas, no conformes con la historia del arte español; inspirarnos en el cúmulo de obras maestras, testamento de épocas ya lejanas, modificándolas con arreglo á las corrientes de la vida moderna; «beber en nuestro vaso» en una palabra, y, despreciando por inútil el viejo adagio «el buen paño en el arca se vende», poner en parangón, por medio de un vehículo apropiado, nuestras creaciones con las de los artistas de mayor nombradía.

Y en esta época de febril actividad, tal vehículo no puede ser otro que la prensa; no la prensa bullanguera, no las ilustraciones que sólo rinden tributo á la actualidad, amalgamando lo bueno con lo malo, sino una Revista seria é importante como el ALBUM SALÓN.

Citamos ésta, por ser la única genuinamente nacional, y porque viene, desde su nunca

bien celebrada aparición, realizando una verdadera obra de arte, y de arte exclusivamente patrio, tal y conforme requiere una nación cual la nuestra, que en toda clase de manifestaciones tiene vida propia y lozana, elementos valiosos é inagotables, un ayer brillante y un hoy que para nada necesita acudir al genio de los extranjeros ni tomar á préstamo caudales ajenos.

El ALBUM SALÓN es, á no dudar, la publicación que mejor encarna nuestro pensamiento y que puede realizar con más eficacia la discreta propaganda y el beneficioso estímulo cuya necesidad dejamos demostrada; y, comprendiéndolo así, elegimos sus páginas, con preferencia á las que otras Revistas nos ofrecen galantemente, para registrar en una serie de artículos,



modestos por la firma, pero de innegable utilidad, el extraordinario desarrollo que en los actuales tiempos han alcanzado las industrias artísticas españolas.

Por remoto que un siglo sea, por rudimentaria que sea una civilización, resplandece entre sus nebruras y no en estado de inferioridad, sino cultivado, refinado, un arte: el de la joyería. Por él, dedicado preferentemente á la mujer é indispensable consagración de glorias y amores, se afirma toda aristocracia, se revela toda distinción.

Narrar los estilos y transformaciones que desde sus comienzos hasta el siglo XX ha experimentado la alhaja, sería tarea enojosa y vedada á nosotros por la falta de espacio. Pasaron los tiempos en que sólo se apreciaba el valor cuantitativo y la materia; en la actualidad, junto á estas condiciones, se estima el mérito del artífice que sabe armonizar los fines del arte decorativo, belleza de la vida, cincelar y chapear los metales y, á manera de los antiguos maestros, utilizar la pedrería de color.

La corriente en joyería tiende á un modernismo discreto, y para adquirir pleno convencimiento de ello basta detenerse ante los escaparates de los numerosos establecimientos de este ramo, que en la ciudad condal ejercen poderosa tentación sobre propios y extraños, ofreciéndoles continuas novedades á cual más rica y afiligranada.

Pero aun cuando esa corriente va generalizándose en armonía con las exigencias del buen

gusto imperante, debemos aconsejar á cuantos amen las joyas *verdad*, sin menoscabo de los demás industriales no exentos de capacidad y mérito, que visiten con predilección los talleres que con el título *La Confianza* tiene establecidos el inteligente artista José Vall en esta capital, Canuda, 19, 2.º

En dichos talleres, montados á la altura de los mejores del extranjero, encontrarán un surtido numeroso, variado y moderno en joyería y platería, notable por lo acabado de su construcción así como por su valor intrínseco y extrínseco; con la seguridad completa para el comprador, de ser bien servido y á conciencia, pues no sólo garantiza Vall la legitimidad de los objetos salidos de su casa, sino que, amante de su arte y celoso de su reputación, tendría á menos emplear en la confección de los mismos pedrería falsa ú oro que no sea de ley.

Dijes, medallas, colgantes y broches, muy de moda entre los elegantes; sortijas de señora y caballero, avaloradas por piedras de diversos tamaños y refulgentes luces; preciosos alfileres de corbata, adoptando la forma novísima de un trébol de brillantes; leontinas, cadenas y soguillas, en cuya construcción es esta casa única en España; pendientes, cuyas transparentes piedras, dotadas de todas las gamas, parecen gotas de rocío aprisionadas entre hilillos de araña en los que retorza riente la aurora; pulseras, delicados círculos de oro cincelado; peinetas, cigarreras, monederos, botonaduras, etc., de todo hállase en el establecimiento de José Vall, que en poco tiempo ha logrado crearse una clientela numerosa y selecta.

Los grabados que ilustran este artículo darán idea á nuestros lectores de la pulcritud y gusto exquisito con que se trabaja en los talleres de *La Confianza*, donde se confecciona también



exprofeso toda clase de joyas con sujeción á los modelos ó croquis del interesado.

Nuestra enhorabuena al señor Vall y que siga la labor comenzada bajo tan buenos auspicios.

Así es como se saca provecho y se coopera al engrandecimiento de la industria nacional.

G. G.



Cuadro de CECILIO PLA.

BELLAS ARTES

La bonita portada que encabeza este número y que firma Cecilio Pla, no sólo cuadra perfectamente a la temporada taurina, que tuvo principio en la reciente Pascua de Resurrección, sino que es, como página de ilustración, un modelo en su género.

Cecilio Pla se separa, con su simpático cuadrado, de la rutina del oficio, para modernizarse en la manera de plantear el asunto. Aquellas dos figuras de mujer, á las que sólo falta el elegante desenfado de mecanismo del incomparable Goya, para ser feliz remedo del gran maestro aragonés, están puestas con tanta originalidad fuera del centro visual del cuadro, su mancha de color contrasta con tanta pericia, dando justo valor á los últimos términos, que hay que desear que el autor aproveche el boceto para realizar una tela de mayores alientos, seguro de hacer obra original y espontánea.

Las marinas de Hernández Monjo, como las de Ocón, tienen un valor documental que suple con evidente ventaja el artístico de que carecen. Sus buques, modernos siempre, adquieren en fidelidad técnica lo que les falta de pintoresco, y sin embargo, sabe hallar el alma de la vida marítima moderna, cuya poesía, que la tiene sin duda, comprende y pone de manifiesto como ninguno, logrando interesar al observador.

Parece que antes que pintor, haya sido marino, por lo que conoce

al dedillo todos los secretos profesionales. Así es que, bajo el punto de vista de la verdad científica, sus barcos son irreprochables.

Unase á estas condiciones, un suficiente conocimiento del arte pictórico, que le permite traducir sin visible esfuerzo los varios estados del mar y del horizonte que han de servir de accesorios para sus cuadros, y se verá cuán poco falta á Hernández Monjo para ser un completo artista. Y este poco lo hallará Hernández en la sinceridad.

Los dos cuadros que publicamos prueban cuánto puede el artista para dar vida á un asunto. El titulado, *¡Abandonadol!*, es una nota tétrica que habla al corazón con eficaz elocuencia. El otro, *Al habla*, es un episodio frecuente en los mares, y produce en el espectador la agradable sensación que experimentan los tripulantes al hallar compañía, aunque sea fugitiva, en alta mar. Ambos cuadros son algo más que fútiles transcripciones, tienen expresión, tienen alma: la expresión y el alma de las cosas del mar.

Testigo discreto, de Enrique Estevan, completa el presente número; y si discreto es el borriquito que oye indiferente los discretos amores del gañán y la maritorres, discreto es el bocetito que con pocas y seguras pinceladas apunta una escena semi picaresca de puro sabor español.

FRANCISCO CASANOVAS

LA ÚLTIMA CANCIÓN

MANUEL moría lentamente, sin ruido ni sacudimientos, como muere el último rayo de sol entre las brumas de la tarde ó entre los oscuros picos de la sierra: moría tranquilo y sin dolores, sin darse cuenta de su estado, así, quieto, mudo y triste, fija la mirada en el cielo y su pensamiento allá, muy lejos, en aquella casta blanca oculta entre los altos matorrales de sus viejas montañas gallegas, canturreando siempre con

voz de melancólica dulzura aquel *¡alalalal!*... de sus amores, aquellas notas suaves, cadenciosas y lentas que arrullaron sus sueños de niño, que expresaron sus ansias de mozo y que entonces, en aquella tierra americana, seca, amarilla, calcinada por el sol abrasador de los trópicos, acompañabanle fieles y tristes como funeral prematuro de una vida que se extingue, en aquel trance supremo de muerte, en aquel acabamiento nostálgico de su laboriosa existencia, llena de privaciones y amarguras.

¡Pobre Manuel! Lejos de la suya tierra que le viera nacer, de aquella pobre *chouza* oculta entre los altos robledales del vallecillo fresco á los albores de la mañana y lleno de encanto infinito al declinar la tarde, recordaba con honda pena el día, lejano ya, en que su triste suerte dejóle huérfano y pobre, muy pobre, sin más bienes que su hatillo, sin más consuelo que la fe de su corazón generoso, sin más esperanza que la loca ilusión de un viaje temerario, sin más compañía que las dulcísimas notas de la dulce canción gallega á su tierna y enamorada *Maruxa*:

«Cando se pon a lua
tras dos penedos
choran as estreliñas
todas, dos ceo.
Eu tamen choro
cando no me alumeyan
esos teus ollos.»

Y el pobre Manuel lloraba, lloraba y moría, y mientras los latidos de su corazón debilitábanse con invencible tenacidad, dentro de él, hondos, muy hondos, pero muy vivos, brotaban con firmeza siniestra los adorables recuerdos de su niñez: de aquellos prados siempre verdes, de

aquellos ríos siempre azules, de aquellas notas siempre frescas, vibrantes y dulces de su linda canción gallega.

Ya retorna el emigrante.

Lejos aún, muy lejos del barco, envuelta entre la bruma, se ve una tierra que amarillea al sol naciente, que á la caída de la tarde se esfuma en la neblina velando sus contornos, y cuando la noche la oculta por completo, para dormirse en el regazo de la mar en calma, enciende la luz de su faro, á ratos roja, á ratos blanca, para indicar al marino la ruta de su tranquilo hogar.

Allí está para el pobre Manuel su tierra, la única dicha que ansía, su tierra de promisión que le ofrece generosa amor y paz: allí la dicha sin tasa, la loca hartura de sus castos amores, la realidad de sus ensueños, el término de su invencible *morriña*.

Allí estará su *Maruxa* alegre é impaciente, esperándole con los brazos abiertos para renovar, después de la horrible ausencia, los juramentos de siempre, para realizar por fin las honradas promesas.

Apenas da fondo el barco, Manuel salta á la lancha que ha de conducirle á tierra.

Sobre el muelle, agitando el rojo pañuelo, está su nena.

—¡Ya voy, ya voy! — grita con afónica alegría el infeliz. — ¡Levame, levame pronto!!..

Y cuando, por fin, su vacilante pie quiere apoyarse en la escala del muelle, un violento estertor corta en su garganta las últimas palabras; su inerte cabeza dóblase con enérgico movimiento; quiere extender los brazos y cae desplomado en los de su pobre *Maruxa*... mientras la brisa del mar lleva hacia las pampas brasileñas, que el muerto regó con su sudor, el eco de las últimas notas de la linda canción gallega:

...
no me alumeyan
esos teus ollos.

RAMIRO SIERRA



COPA DE HONOR ADJUDICADA AL SINDICATO DE EXPORTADORES DE VINOS, DE BARCELONA, EN LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE TURÍN (1902); SIENDO DELEGADO OFICIAL PARA ESPAÑA Y JURADO DE LA SECCIÓN ESPAÑOLA, DON FLAMINIO MEZZALAMA.

LOS INCONSCIENTES

CLEMENTÍN Roca, el hijo del usurero, el raquíto, el escrofuloso, caballero en brioso corcel de máquina, pasó triunfante por frente la casa de su amigo Sabitas. Este le siguió con ojos atónitos, embelesados, envidiosos, hasta verle desaparecer tras la rígida pared de una esquina. Entonces, Sabitas, rojo como una amapola, se volvió brusca y, notando que con ternura era observado por su tía, ébrio de desesperación, velada por un raudal de lágrimas la expresión muñequil de sus azules ojos, con las rubias guedejas desgreñadas, abalanzóse sobre el regazo de aquélla gritando desaforadamente: — ¡Yo lo quiero! ¡lo quiero!, tía Beatriz, ¡lo quiero!

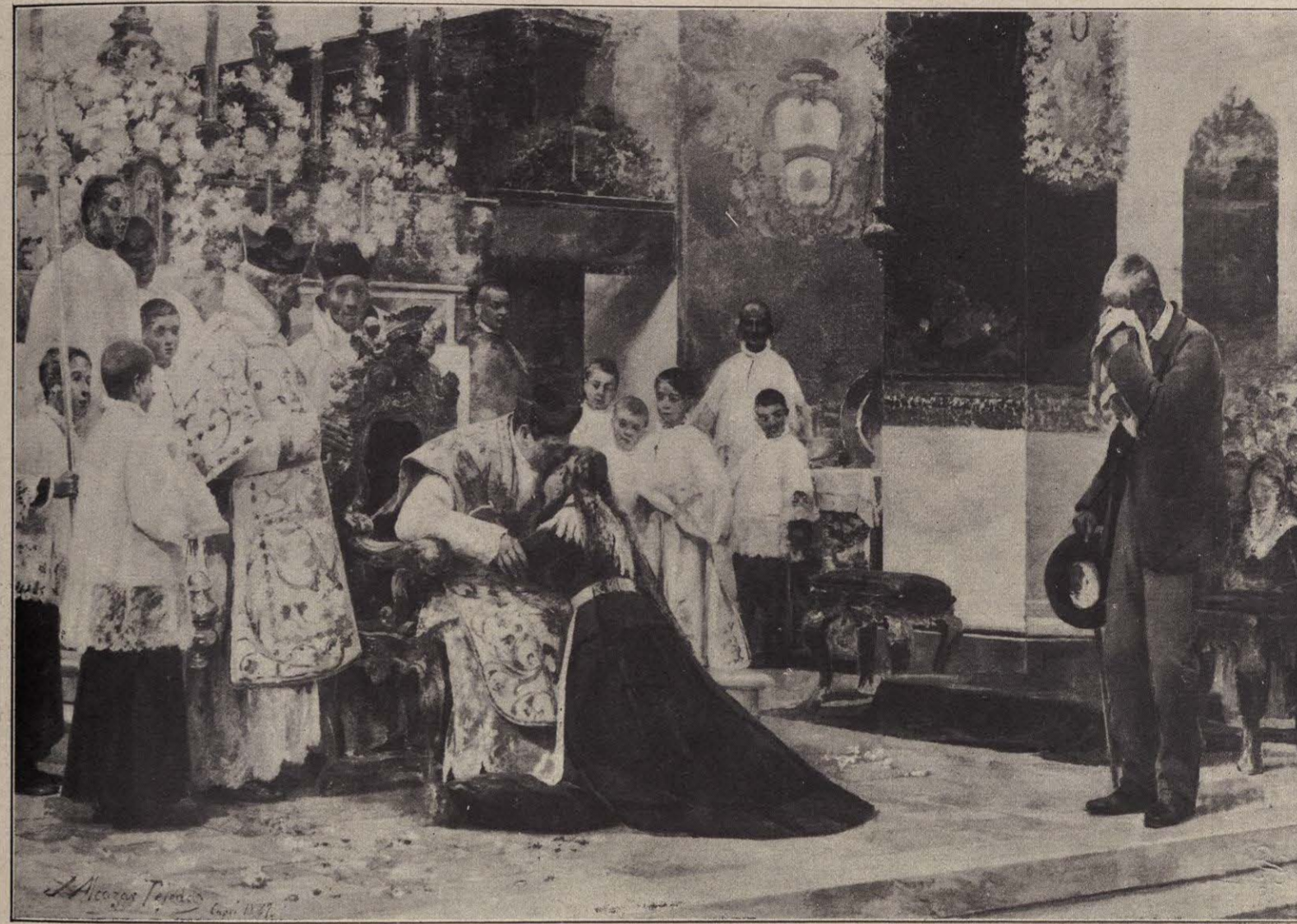
Arrullóle Beatriz, apuró en él su repertorio de mujer mimosa, le colmó de promesas, todo en vano; el desconsuelo de Sabitas iba en

aumento y, como éste, su lógica irrefutable, que no admitía otra solución tangible que el propio caballo de Clementín, pasado sin demora á su poder.

¿Qué hacer? ¿cómo dar en aquel pueblo con un menguado ejemplar siquiera, del juguete apetecido?

**

Beatriz amaba á su sobrino con ese delirio, tanto más exaltado cuanto más del espíritu, que no reconoce vallas. Víctima allá en su juventud de un cruel desengaño, recogió la parte que sana le quedara de su alma dolorida, procurando recatarse de la maldad, siempre en acecho, del mundo, tras esa expresión de punzante ironía que á tantos de esos seres



LOS PADRES DEL CELEBRANTE DESPUÉS DE LA MISA NUEVA.

Cuadro de J. ALCÁZAR TEJEDOR.

Fot. de J. Laurent y C.ª (Madrid).

burlados enajena, y resuelta con estoica resignación á desempeñar el papel siempre heroico de solterona.

Pero para todas las plantas, aun las más viejas, de la creación, pasa ineludiblemente la primavera, inoculándose su nueva savia y el pólén misterioso de la vida. Así el corazón humano mientras late, retoña. Así el corazón de Beatriz, perdido en el muerto incoloro mar del indiferentismo, abrazóse de súbito á la tabla que la tornó á las ondas azules y siempre animadas por las armonías sin fin de la existencia; tal aquella mujer, á quien el desengaño hiciera descreída, atacada en medio de su desierto de sed moral, buscó instintivamente la ruidosa fuente que, desde el pie de deleitable palmera, describía con ritmo inimitable la corriente bulliciosa y jamás truncada de la vida: y en esas azules ondas y en esa corriente sin término, vió aparecer una blonda y dorada cabezita que la llamaba diciéndola:

—Ven, acabo de quedar sin madre; mientras papá, tu hermano, vive enfrascado en sus negocios, ven tú y ámame, derrama sobre mi frente virgen todos esos tesoros de ternura que guardas, que ya no pensabas dar á nadie, y me verás crecer cada día más hermoso.

Y sin hacerse más rogar abandonó Beatriz el cetro de su alma á su sobrino, el que, comprendiendo el ascendente de que en aquélla gozaba, con egoísta instinto llegó á convertirlo el tal en tiranía. Por lo cual no es de extrañar que Beatriz, que bebía los vientos por atender á sus menores exigencias, contemplándole en la ocasión presente tan desesperado, aguzase felizmente el ingenio.

—Nada más fácil, se arguyó á sí propia, que conquistar el ánimo de un avaro. — Y abrió rápidamente un secreter, extrajo de él una cartera repleta de billetes del Banco y tras deslizar en la pequeña oreja de Sabitas no sé qué palabras que trocaron en sonrisa su desconsuelo, salió de la casa.

A los pocos instantes se hallaba en la de Clemente Roca para pro-

ponerle el pingüe negocio, que fué desde luego aceptado por el usurero, cuyos ojos relucieron con brillo especial ante los billetes ofrecidos por la dama á cambio del caballo destinado á calmar las ansias de Sabitas.

Mientras éste, en plena posesión de su antojo se abandonaba á los mayores transportes de júbilo, Clemente Roca, contando con delectación los billetes que acababa de recibir, se decía:

—¡Negocio redondo! Triplicado el dinero que malgasté en el juguete. Clementín va á llevar un berrinche cuando note la ausencia de su *tata*, como él le llama al caballo... Bah, bah, el llanto de los niños es como la lluvia de Mayo: sobre ser buena, pasa pronto...

**

Pero esta vez los cálculos del usurero salieron fallidos. El pobre escrofuloso, apenas convaleciente de la reciente enfermedad que á pique estuvo de acabar con su vida, poco hubo de menester para recaer de nuevo, bastándole el horrible disgusto sufrido ante la ausencia de su más querido juguete, para cortar en pocas horas el hilo ya endeble y quebrantado de su naturaleza insana. Durante su mortal desvarío, Clementín no se curaba más que de llamar á su *tata*, cual si sólo en éste existiera la única fibra noble que para él había vibrado...

Al día siguiente, al ir á enterrarle, mientras las campanas tocaban á gloria, como albor celestial de la vida que seguía á la fúnebre comitiva, vióse aparecer de pronto, montado en brioso corcel automático, un hermoso niño de rubias guedejas, cuyos atónitos ojazos buscaban con expresión muñequil de asombro inconsciente el blanco ataúd...

Era Sabitas.

JOSEFA CODINA UMBERT